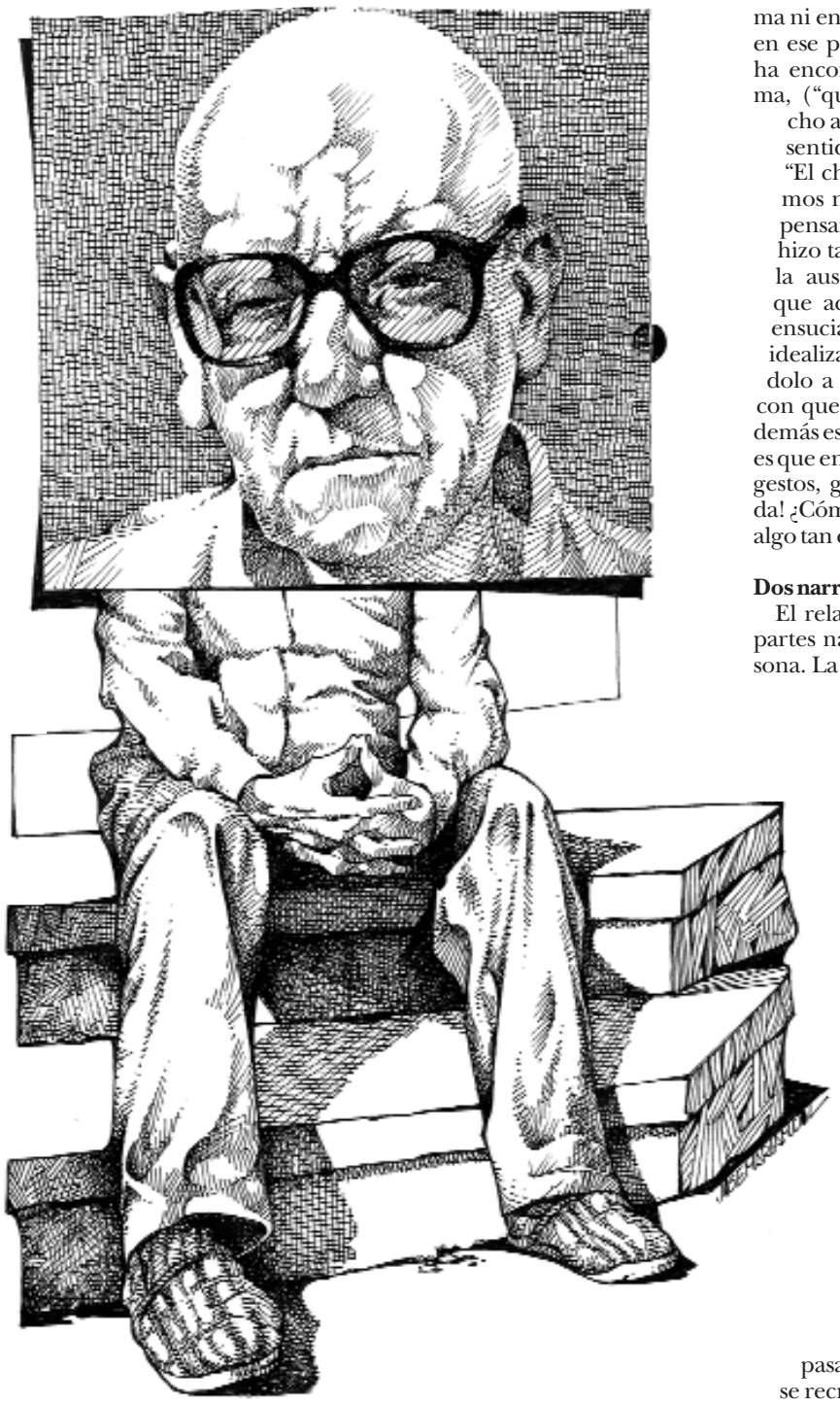
Ramiro Pinilla

La necesidad de la memoria

Sin memoria nos es inaccesible la construcción de una identidad individual y grupal. Nosotros olvidamos, pero nuestros recuerdos no nos olvidan y retornan, siempre retornan...

Tras la publicación de la trilogía *Verdes valles, colinas rojas*, que le supuso a Ramiro Pinilla (Bilbao, 1923) la obtención en el año 2005 del Premio Euskadi al mejor libro en castellano y en 2006 el Premio Nacional de Narrativa, acaba de ver la luz hace unos meses *La higuera*, una nueva pieza narrativa a colocar en el magnífico puzzle literario que lleva construyendo paciente y silenciosamente el escritor vasco desde hace más de sesenta años. Porque, si bien fue en 1960 con *Las ciegas hormigas* (Premio Nadal) cuando se empezó a hablar de él como narrador, sus inicios literarios se remontan a su juventud. Desde los dieciocho a los veintiséis años escribió una docena de novelas policíacas de las que solamente una llegó a publicarse: *El misterio de la pensión Florrie*. Y a partir de aquí los títulos se han ido sucediendo con cierta intermitencia, sobre todo durante las décadas de los ochenta y noventa.



Escritura solitaria

Han sido sesenta años de escritura solitaria, al margen de tendencias y modas pasajeras, durante los cuales ha logrado recrear, configurar y comunicar, a través de sus personajes, temas, motivos y espacios, una visión muy personal (de acusado carácter épico-mítico) de la trayectoria vital del pueblo vasco desde los orígenes hasta la actualidad, sin apartarse nunca de la realidad pero con una gran carga simbólica, imaginativa y emocional.

La higuera es una novela que nos habla de memoria y olvido, de sentimientos y emociones encontradas, de guerra y posguerra, de víctimas y verdugos. La historia comienza cuando una noche de verano de 1937 un grupo de pistoleros falangistas se presenta en un caserío de Getxo para capturar a Simón García, maestro republicano, y a su adolescente hijo de solo dieciséis años. Ambos son acusados de "rojos" y fusilados con absoluta impunidad con el argumento de contribuir así a limpiar España de nacionalistas, separatistas, ateos, socialistas y comunistas. Los arrebatan del caserío en presencia del resto de la familia y a la vista del otro hijo de Simón, Gabino, que con su intensa mirada de un niño de diez años, que no entiende nada de lo que allí ocurre, va a ser el verdadero desencadenante de los sucesos que en la novela se desarrollan. Esa mirada fija, fría, atónita, inquisitiva y acusadora está dirigida, especialmente, a uno de los asesinos: el vallisoletano Rogelio Cerón. El pequeño García, al día siguiente y con sus propias manos, sin ayuda de nadie, da sepultura a los cadáveres de su padre y hermano y planta, como recordatorio, un hijuelo de higuera que comienza a regar y cuidar con auténtica devoción. Una noche se acerca Rogelio al lugar y, topándose nuevamente con la mirada imperturbable y sobrecogedora de Gabino, mirada que interpreta o imagina como amenaza y afán de venganza, decide quedarse en ese montículo de la vega de Fadura y custodiar la higuera para que nadie la mancille. El falangista se convierte así en guardián de una memoria simbolizada en el árbol que, con sus raíces conectadas a los muertos, se erige en testimonio de los sucesos que algunos pronto querrán olvidar

Entre víctima y verdugo se establece una relación muy particular, una relación sin palabras pero de una gran fuerza emotiva y comunicativa. Si en un principio Rogelio se esclaviza a la higuera por miedo a que el chico, cumplidos los dieciséis años, tome venganza y lo asesine como él hizo con sus familiares, más tarde será el sentimiento de culpa y la necesidad de expurgación lo que le retendrán paralizado en el lugar durante treinta años. Al final, cuando la construcción en 1966 de un Instituto de enseñanza media en esos terrenos "sagrados" amenaza con arrancar la higuera, el falangista se da cuenta de que ya no puede vivir de otra forma ni en otro espacio, que es ahí en ese pequeño terreno, donde ha encontrado la armonía última, ("que dura quince, dieciocho años, no sé") (p. 226) y el sentido de su vida.

"El chico y yo intercambiábamos nuestros más recónditos pensamientos. ¿Quién o qué hizo tal milagro? Las palabras, la ausencia de ellas. Tendré que aceptar que las palabras ensucian. Alguien trataría de idealizar lo nuestro equiparándolo a la pureza y simplicidad con que se comunican todas las demás especies animales..., ¡pero es que entre el chico y yo no hubo gestos, gruñidos ni cosa parecida! ¿Cómo atreverse a poner fin a algo tan especial?" (p.226).

Dos narradores

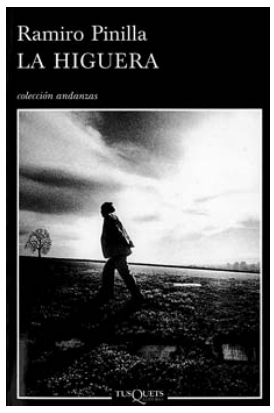
El relato se estructura en tres partes narradas en primera persona. La primera y la tercera son contadas por Mercedes Azkorra y la segunda, la más extensa y completa, por el propio Rogelio Cerón. Esta técnica de alternancia de voces, ya utilizada por Ramiro Pinilla en varias de sus novelas, como por ejemplo en *Verdes valles, colinas roja*s, permite al lector confrontar las distintas perspectivas desde las que poder interpretar unos mismos hechos y, al mismo tiempo, ser también más consciente de cómo en realidad la historia, el pasado, siempre es algo que se recrea, que se construye. El relato de Mercedes Azkorra es el propio de un personaje testigo que narra la historia desde fuera y viene a representar la versión popular, "oficial", de los hechos; por eso es incompleta y con lagunas. La versión de Rogelio, por el contrario, es la realmente acaecida. Los dos planos nos muestran perspectivas diferentes haciendo, por ejemplo, que Rogelio sea visto como "un santo iluminado", "un perturbado mental" o "un descarriado idiota".

> 'La higuera' habla de memoria y olvido, de sentimientos y emociones encontradas, de guerra y posguerra, de víctimas y verdugos

Aunque estamos ante la narración de unos episodios realmente trágicos, incluso de extrema crueldad, la ironía, la hipérbole y ciertas dosis de humor en el planteamiento de los diálogos, la presentación de determinadas escenas y la caracterización de los personajes suavizan el impacto emocional que recibe el lector, sin por ello verse afectada la verosimilitud del relato y su intensa fuerza realista. Personajes como el alcalde Benito Muro, que no tiene ningún problema en "cambiar de chaqueta" de la noche a la mañana convirtiéndose en el más férreo defensor de la misión franquista, o el delator Ermo, que aprovecha cualquier ocasión de barbarie para sacar beneficio económico, o la bondadosa Cipriana, o el prepotente Pedro Alberto Echebarri, etc, son tipos que nos hacen revivir escenas y conductas de hipocresía, cinismo, avaricia y egoísmo, y que recrean con gran realismo el ambiente de una posguerra oscura, deprimente, en la que tanto vencedores como vencidos experimentaron las consecuencias siempre nefastas que el odio y la guerra conllevan.

Un mensaje básico, en fin, se deduce de *La higuera*: la imposibilidad de romper con el pasado y, precisamente por ello, la necesidad irrenunciable de restituirlo en nuestro presente, más que para hacer venganza para hacer justicia. Estas cosas ocurrieron. No hay que olvidarlo. Porque como señala Germán Espinosa en su ensayo *La historia (y nuestra historia) y la literatura*, "el tiempo pasado contiene nuestras semillas, nuestras raíces, el esplendor de nuestros troncos, lo más vital que poseemos para vivirnos en el presente. En él está lo que realmente somos, brotando de lo que fuimos. En él está nuestra cara, en él nació la materia de los ojos con que miramos en el espejo nuestra cara". Hay recuerdos, en efecto, que pueden resultar dolorosos, no cabe duda. Pero hoy en día, que tanto se habla de "búsqueda de identidad", personal y colectiva, de "recuperación de la memoria histórica", etc., es necesario no olvidar, no olvidar también las zonas oscuras de nuestro reciente pasado. Las señales ahí están, para quien quiera verlas. Y asumirlas…

Iñaki Beti



Ramiro Pinilla
La higuera
Ed. Tusquets
Barcelona, 2006. Págs 263.